

Un pueblo fuera de la Libertad es un rebaño que va a la muerte.

Sólo la Verdad hace videntes a los ciegos.

Sólo la Libertad hace dignos a los hombres.

Todo lo que no sea servir a la Libertad, es traicionar a la humanidad.

Por la Verdad y por la Libertad, tal debe ser la divisa de los intelectuales de la raza.

Ser el relámpago de Damasco, y la honda de David.

Iluminar y derribar: ser la luz que abre los ojos de los pueblos ciegos; ser rayo que funde las cadenas de los pueblos esclavos.

Tal debe ser nuestra misión.

Tal nuestra bandera de conductores y libertadores de pueblos.

Fuera de este *paladium* inmortal, no queda sino el desierto, la árida soledad, por donde van desbandados, oscuros y vencidos los tristes *desertores del Ideal*.

VARGAS VILA

De todo y de todos

La cultura clásica. — Los hombres de ciencia, los grandes industriales, los amantes de la libertad individual y los demócratas reclaman la cultura clásica:

I. Habiendo insistido varios notables pensadores sobre el carácter sentimental y no racional de la campaña en favor de la cultura clásica, ha salido nuevamente a la palestra HENRY LE CHATELIER, eminente profesor de química en la Sorbona y en la Escuela de Minas de París (*Revue Scientifique*, año 49, n.º 17). — Compendiamos libremente:

Cierto, sentimientos han sido los móviles esenciales de la campaña actual. Los argumentos relativos a la crisis de la lengua, a la utilidad del latín para la medicina, etc., han venido después. Tratemos, por tanto, de definir científicamente esos sentimientos y de criticar con precisión su valor, sin detenernos en explicaciones dudosas.

La enseñanza clásica ha dejado en todos sus alumnos un cierto fondo de ideas comunes. A fuerza de vivir con Cicerón, Tácito, Séneca, Marco Aurelio, etc., y de oír cantar la libertad, como sabían discretamente hacerlo en tiempo del Imperio los profesores de la Universidad, han llegado dichos alumnos A CONSIDERAR LA LIBERTAD INDIVIDUAL COMO EL MÁS GRANDE DE LOS BIENES y toda tiranía, como un real sufrimiento. Ellos reivindican por

antecesores a los autores de la declaración de los derechos del hombre, afiliados a su vez a los clásicos latinos.

La enseñanza clásica ha formado durante largo tiempo la crema de la sociedad francesa: a sus alumnos debe el país toda su gloria en las letras, en las artes, la ciencia y la industria. Nosotros particularmente estamos obligados a reconocer en ella un instrumento admirable, cuando vemos cómo ha tallado en las ciencias a los Lavoisier, Cuvier, Fresnel, Elías de Beaumont, Pasteur, etc. El perfeccionamiento de tal instrumento representa siglos de esfuerzos acumulados por profesores, pensadores y escritores, muchos de los cuales han sido hombres de genio. ¡Y se pretende ahora, sin prueba directa, que ese instrumento no puede continuar prestando los mismos servicios y que debe ser arrojado al almacén de lo pasado de moda!

Segundo punto de estudio: ¿Cómo explicar esta simpatía imprevista de los sabios y de los industriales hacia la antigua cultura clásica, esencialmente literaria? Para comprenderlo, basta haber escuchado algunas conversaciones de los propulsores del movimiento. ¿Cuál de nosotros no ha encontrado, en su carrera, subalternos, empleados, alumnos, colaboradores desprovistos de toda aptitud profesional, a pesar de fuertes estudios científicos y de notables éxitos en los exámenes? Casi todos esos ineptos, hechas algunas raras